

Poesía genuina

Por CESAR GARCIA PONS

FRANCISCO Saralegui nos manda un libro de versos, porque los cree muy buenos. Son de una poetisa gallega, añádele, y se agrupan bajo el título de "El Vagabundo". Confesemos que de entrada nos preguntamos, pero ¿lee versos todavía Saralegui? ¿A qué hora? Hombre de prisas y de verba presidida por una alegría contagiosa —que es lo único que aún le roba tiempo—, ubicuo, rápido, con atención puesta de ordinario en mil y tantas cosas, nadie piensa que versos nuevos de mujer lo soliciten a extremo de recomendarlos. Empero, de estas pequeñas sorpresas está llena la vida de los hombres. Lo cierto es que el vasco amigo nos mandó un excelente regalo.

Excelente porque llenan los versos del envío setenta y tres páginas de poesía genuina, joven, viva, dulce y quemante a un tiempo. Una poesía que dice de la sangre y de la naturaleza, como si la autora, que es mujer de pueblo grande, bañado por la ría y alertado por el mar, sólo fuere, en verdad, gracias a la armonía de su ser físico con la tierra y el cielo— los dos polos de la mirada habitual del hombre.

No puede decirse de estos poemas que respondan a una poesía exterior. Tampoco, y no obstante el ancestro y el medio actuantes sobre la pluma que los ha escrito, a un subjetivismo. Y menos que contemplativamente describan. Es, en todo caso, todo eso y, además, entraña y forma. Una forma sin preocupaciones de las llamadas formalistas, sin pruritos que asfijen la inspiración, el impetu libre, la nota lírica espontánea y sincera. Como en una palingenesis, entran en "El Vagabundo" la materia y el espíritu, la carne y la fibra vegetal, y la lluvia, y el sonido. Y el hombre y Dios.

Luz Pozo Garza se nombra la autora, a quien presumimos muy joven y dueña de un alma encantada. Encantada, como en los encantamientos de los cuentos auténticos, y para devolverlo tras fe-

cundas incursiones por el mundo de las imágenes y trocar sus cosechas en estos versos admirables. Claro es que el nombre mismo de semejante poetisa es de por sí un poema: Luz, toda la luz, y la mejor; Pozo, esto es, lámina para los retratos de sus visiones; Garza, para ponerlo todo en vuelo, en un vuelo sin violencias, pero firme, confiado, seguro. Luz Pozo Garza, ¿nombre, diríamos, para la fama? Cierto. Mas, sin engaños defraudadores, sin la epatante ilusión de los que sólo son en las letras nombres sin aval y sin razón literaria. Nombre, sería justo afirmar, hecho, al contrario, a la rotundidad de una poesía que lo llena de justificaciones.

Nació y vive la poetisa en Viveiro, rincón de Galicia profunda y sonrientemente gallego. Allí escribe y recorre las teclas de un piano. Y habría que averiguar si tales musicales ejercicios no son, a fin de cuentas, para probarse a sí misma, para saber si ésa de las cuerdas golpeadas es música más alta y sonora que la suya de sus libros de versos. Y anotemos que hasta por lo de la cuna se nos hizo simpática esta muchacha de versos con hondura, como su primer apellido, y de vuelo libérrimo como el segundo. De Viveiro nos vino parte de la sangre, de una parroquia suya que se llama Galdo. Y el relato de la ría y del mar a que se asoman los que allí nacen. De allí era el abuelo paterno.

El libro no llega solo, por más que títulos le sobran para prescindir de presentaciones. A la entrada, Gerardo Diego cuenta la sorpresa de su encuentro con la poetisa y su ignorancia de datos biográficos. ¿Quién será?, se dijo. Alguien, sin embargo, le suministró lo preciso, y por eso la autora consigna, humildemente, a manera de gratitud, al final de sus delicadas páginas: "Terminé de escribir este libro el día 27 de agosto de 1950. A la una de la tarde y lloviendo. El académico y poeta Gerardo Diego me presentó en el "ABC". La presentación fue cumplida. Diego incorporaba frutos maduros a la poesía española contemporánea. ¿Española dijimos? Y, ¿por qué no a la poesía seca, a la poesía del mundo?"

Tiene la autora otros libros. Algunos publicados, otros inéditos. Este que nos mandó Saralegui divulga la calidad poética intrínseca que cabe atribuirseles. Gallega, mujer, poetisa situada frente al panorama de la ría y del mar, Luz Pozo Garza, cuando se vuelve —está en sus versos mejores— a otros paisajes, es para buscarlos en el bosque y el río que abraza la tierra. O en las tardes de lluvia silenciosa.